

Orígenes de la dominación

Teresa López Pardina



La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno.

Almudena Hernando

Madrid, Katz Editores, 2012, 201 pp.

Almudena Hernando, compañera y amiga en el Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense de Madrid, acaba de publicar un interesante libro en el que vuelve sobre la cuestión –que es uno de los puntos recurrentes y todavía no desvelados del feminismo– de la subordinación de las mujeres en nuestras sociedades patriarcales. Las preguntas básicas en torno a este problema son: a) ¿Por qué razón están supeditadas las mujeres a los varones? , y b) ¿Cuándo empezó esta subordinación?

A ambas contestó Simone de Beauvoir hace más de sesenta años: a la primera mostrando que la subordinación carece de fundamento y en el mundo contemporáneo no tiene sentido porque en nuestras sociedades avanzadas se muestra cómo las mujeres son capa-

ces de desempeñar las mismas tareas y con las mismas competencias que los varones. En cuanto a la segunda cuestión, la hipótesis de Beauvoir es que la subordinación debió comenzar en épocas prehistóricas, cuando la vida se hizo sedentaria y la humanidad se dedicó a la caza y a la guerra con la tecnología que el descubrimiento de los metales posibilitaba. Las mujeres se quedaron cultivando los huertos y cuidando de la prole mientras los varones cazaban y conquistaban nuevos terrenos.

Pero nuestros conocimientos avanzan, y nuevas investigaciones permiten elaborar respuestas más refinadas a estas todavía persistentes preguntas. Almudena Hernando es arqueóloga, profesora titular en el Departamento de Prehistoria de la UCM e investiga-

dora. Sus investigaciones le han proporcionado datos para poder avanzar una hipótesis mucho más precisa sobre los orígenes de la opresión de las mujeres. Y, desde allí, una explicación muy afinada sobre la persistencia de semejante estado de cosas, incluso en las sociedades avanzadas del siglo XXI.

Antes de exponer y discutir sus hipótesis, establece los principios teóricos en los que se sustenta su investigación. Como señaló Foucault con la denominación de *régimen de verdad*, «el poder se sostiene porque considera *verdaderos* los principios en los que se fundamenta, lo que lleva a su vez a alcanzar el poder a quien cree que esos principios son verdaderos, potenciando así el régimen de verdad» (p. 17). En nuestra sociedad, «la verdad está centrada en el discurso científico y en las instituciones que lo producen» (Foucault, *Microfísica del poder*, p. 187). Por tanto, señala nuestra autora, «si queremos desentrañar la lógica que guía nuestro orden social habrá que preguntarse qué relación existe entre la ciencia y la lógica del poder que lo caracteriza» (p. 17). La sociología actual nos ha mostrado la constante interacción y codeterminación existente entre la sociedad y las personas. Una y otras estamos convencidos de que somos, como grupo social, más fuertes que los demás porque hemos desarrollado la *razón* y hemos reprimido la *emoción* más que ningún otro. Como tenemos el prejuicio de que las emociones no se involucran en nuestros conocimientos, no se introduce ese factor en las investigaciones y de ese modo nos privamos del conocimiento completo de las re-

laciones y el comportamiento humanos: nos hemos reducido a estudiar las sociedades humanas según el modelo mecanicista de la ciencia moderna.

Las críticas actuales –ya en el siglo XXI– denuncian insistentemente la concepción ilustrada del individuo reducido a «una voluntad usando un intelecto» generadora de un pensamiento «imparcial, desapegado, racional e impersonal» como uno de los grandes mitos de nuestra cultura, porque razón y emoción no pueden separarse en el ser humano como lo muestran los más recientes estudios neurológicos. La convicción de que «el individuo puede considerarse al margen de la comunidad y que la razón puede existir al margen de la emoción (...) que rige los ideales de nuestro sistema social y sobre la que se apoya la seguridad personal de quienes ocupan posiciones de poder, está basada en una fantasía (...) la *fantasía de la individualidad* (p. 25). La autora declara que sus argumentos se insertarán «en la línea crítica de lo que podría llamarse *teoría de la complejidad* representada hoy por investigadores de todas las disciplinas científicas (...) [en los que] se tendrá en cuenta no solo el orden de la razón y de los comportamientos reconocidos y conscientes, sino también el desorden de la emoción y de los comportamientos *negados* e inconscientes» (p. 26). Pero ello no quiere decir que se alinee en el posmodernismo, al que también critica por haber dado una importancia tan grande a la subjetividad que redujo el conocimiento a la categoría de *relato* e impedir así la posibilidad de hacer crítica social.

Declara que sus argumentos, a diferencia de otros similares, intentarán demostrar que *la convicción de que puede existir el individuo autónomo de la comunidad, y una razón autónoma, separada de la emoción, se relaciona de manera intrínseca, indisociable y directa con la necesidad de subordinación de las mujeres* (p. 26). Precisamente la negación de la importancia de los vínculos emocionales es lo que hizo (y hace) imprescindible esa subordinación; una negación no explícita, pero que pertenece al orden de lo negado, nos dice –introduciendo así una dimensión psicoanalítica en sus análisis– porque «solo en este nivel puede encontrarse la causa última de esa desigualdad». Prueba de ello es la dificultad que tienen los hombres para entender qué es esto del feminismo: leen un artículo feminista o asisten a una conferencia y salen diciendo que están absolutamente de acuerdo, pero la mayoría de sus comportamientos en su vida personal delatan que no se han enterado de nada; yo lo compruebo constantemente. Hernando explica que, efectivamente, no basta con que apliquen la razón porque la relación de dominación no está cimentada en razones... sino en emociones que no pueden entender, y por eso niegan. Propone que, en vez de llamar al orden social vigente, caracterizado por la desigualdad de género, orden patriarcal, mejor sería llamarlo *orden disociado razón-emoción*. Lo cual ayudaría a entender que si algunas mujeres llegan al poder sin poner en cuestión la lógica que lo sostiene, estarán reforzando el orden social al que creen combatir.

La tesis sobre la que pivota el libro es la de que el mundo occidental «ha ido construyéndose gradualmente sobre un orden lógico definido por una creciente *disociación entre razón y emoción*, idealizando la razón como único fundamento de la seguridad y la supervivencia humana y *negando* que el vínculo emocional constituya la base de esa seguridad» (p. 28). Una de las estrategias para lograrlo fue la dominación de las mujeres. Los hombres no dominan a las mujeres por serlo, sino porque ellas se *especializaron* en el sostenimiento de los vínculos del grupo –mecanismo de seguridad imprescindible para ellos– cuyo reconocimiento fue teniendo una relación inversamente proporcional al que merecía la razón como medio de control sobre el mundo. ¿Por qué fue así? Simplemente porque ambos se basan en mecanismos contradictorios. Hernando, como Beauvoir piensa que el poder masculino no se deriva de ninguna esencia, sino que se produjo por determinados procesos de socialización. Sitúa el arranque de la desigualdad en la misma época prehistoria, la Edad de los Metales, cuando la posesión de una tecnología nueva facilitó la guerra y la caza mayor a los hombres; las mujeres, con menor movilidad por razones de crianza y de fuerza, quedaron recluidas al cultivo de los huertos y a la caza menor. Hernando insiste en que no es la maternidad, como algo que se sigue de la condición biológica, lo que les llevó al sometimiento. Pero, en cualquier caso, la crianza sí está asociada al sexo femenino. Pienso que la menor movilidad es, en definitiva, una conse-

cuencia de la maternidad en aquellos lejanos tiempos, no hoy. Sin embargo, a Hernando le interesa poner el acento en un aspecto que antes no se había señalado y que me parece de enorme interés: el cultivo de los afectos entre las mujeres que los hombres comienzan a cercenar de sus comportamientos.

Lo que se propone Hernando es demostrar que la disociación razón-emoción es la clave explicativa del orden patriarcal y las trayectorias históricas diferenciadas de construcción de la identidad en unas y otros han dado lugar a unas individualidades diferenciadas y socialmente desiguales en relación con el sexo-género.

Entre los mecanismos por los que construimos nuestra idea del mundo está *la necesidad de sentirse vinculado a un grupo* para sentir la capacidad de supervivencia. Esto es más evidente cuanto menor control material se tiene sobre él, como es el caso de las sociedades sin escritura. En las sociedades occidentales modernas, con un pasado detrás en el que el aumento del potencial tecnológico les ha dado un control material superlativo, se considera que la clave de nuestra fuerza y de nuestra seguridad ya no es la pertenencia al grupo sino su particular capacidad de razonar, idea que se abre paso en la Modernidad.

Hay dos tipos de identidades que se entrecruzan con los géneros: la *identidad relacional* y la *identidad individual*:

– La primera, *la identidad relacional*, consiste en tener una idea de sí mismo/a solo en tanto que parte de una unidad mayor que es el propio grupo. Uno/a es incapaz de concebir-

se a sí mismo/a fuera de las relaciones en las que se inserta. Es la que encontramos en las sociedades cazadoras-recolectoras sin escritura como propia tanto de hombres como de mujeres; es decir, en los grupos sociales que se hallan al comienzo de todas las trayectorias históricas.

– La segunda, *la individualidad o la identidad cuando se posee poder sobre el mundo*, es la propia de las sociedades modernas en las que la progresiva individualización llevó a un ocultamiento creciente de las emociones, a una separación de la razón de los sentimientos.

La negación de los sentimientos «elevada al nivel de *verdad* por el pensamiento ilustrado y a la que contribuímos tanto hombres como mujeres individualizadas de la modernidad (...) es la que permite entender la clave más profunda de la dominación de los hombres sobre las mujeres» (p. 96).

La hipótesis de Hernando sobre el comienzo de la dominación masculina –apoyada por los datos arqueológicos de que se dispone en la actualidad– consiste en afirmar que en los grupos sin división de funciones ni especialización del trabajo, los hombres y las mujeres realizan funciones complementarias que no implican relación de poder, aunque a partir de los casos conocidos parece comprobarse que existe prioridad de prestigio de lo masculino, lo cual tal vez sea debido a las implicaciones cognitivas asociadas a su mayor movilidad por las funciones que realizan. A la mayor movilidad se asociaría una ligera mayor asertividad y capacidad de tomar decisiones que les pone en mejores condiciones

para protagonizar pequeños cambios, sin alterar los elementos. Tal vez esta ligera mayor movilidad de los varones pudo generar paulatinamente condiciones de desigualdad. El registro arqueológico apoya este tipo de proceso según lo describe nuestra autora en el mundo occidental desde el IV milenio a. C. hasta la Edad del Bronce. De este modo pudo haber empezado un camino de diferenciación de las identidades de hombres y mujeres: control tecnológico y capacidad de acción racional y libre para los hombres y protección de una instancia sagrada y vinculación al grupo para las mujeres. Seguramente el poder que progresivamente iban conquistando los hombres y la seguridad que eso les proporcionaba iría restando importancia a la instancia sagrada; las mujeres paulatinamente «debieron verse abocadas a la función no reconocida de garantizar el sostenimiento de los vínculos a unos hombres que cada vez sabían cultivarlos menos, pero que no podían prescindir de ellos» (p. 115). Según Hernando, los hombres necesitaron que las mujeres mantuvieran su identidad relacional porque la individualidad masculina no podía constituirse sin el apoyo emocional de alguien especializado en los vínculos afectivos. Porque la individualidad masculina depende del apoyo emocional de las mujeres, «la clave de su construcción está en la disociación razón/emoción y en la negación de la importancia de la emoción para la supervivencia del grupo» (p. 116). Por eso, la individualidad masculina es una fantasía; en realidad es una individualidad dependiente del apoyo

emocional de las mujeres. Aunque en nuestro *régimen de verdad* la identidad de los hombres es individual y la de las mujeres relacional. Veamos las diferencias entre una individualidad dependiente –como es la de los hombres en nuestras sociedades todavía patriarcales– y la individualidad independiente que aflora en algunas mujeres libres de nuestras sociedades ¡ay! todavía mayoritariamente patriarcales:

– La individualidad dependiente se construye en los varones a partir de la Modernidad en proporción directa al número de fenómenos que podían explicar racionalmente y controlar tecnológicamente. Se caracteriza por los rasgos de poder que presenta, la capacidad de acción racional –lo que se suele traducir literalmente del inglés por *agencia*– y el ejercicio efectivo del poder. Pero, al mismo tiempo conserva rasgos de identidad relacional –de la que ningún sujeto puede prescindir– mediante sus relaciones con las mujeres, garantes el vínculo relacional, y con los pares. De modo que la identidad relacional está siempre activa en todas las personas.

– La individualidad dependiente cree basar su seguridad exclusivamente en los mecanismos de la razón y el cambio; los únicos que pone en juego conscientemente.

– La individualidad dependiente está basada en un narcisismo que coloca al quien lo encarna en el centro de todas las miradas.

– La individualidad dependiente desconoce las dinámicas del mundo emocional.

Hernando presenta a las mujeres como modelo de individualidad independiente porque suelen valorar la identidad relacional y por tanto es un tipo de individualidad en la que no se separa la emoción de la razón. Veamos cómo se caracteriza la individualidad independiente.

– Consiste en conjugar de manera consciente un máximo porcentaje de individualidad y uno máximo de identidad relacional dando igual importancia a uno y otro.

– Las personas que la cultivan experimentan contradicciones constantes e inevitables que son la condición de posibilidad de tal individualidad porque permite desarrollar todas las capacidades humanas. Lo cual lleva al que la practica a la convicción de que la individualidad independiente es una fantasía si prescindimos de nuestra identidad relacional.

– La construcción de fuertes lazos emocionales e intelectuales es fundamental.

– Es una forma de individualidad excepcional –de momento– en los hombres y aún escasa entre las mujeres.

La individualidad independiente es el futuro; es la meta hacia la que debemos tender si de verdad queremos ser

libres y felices, pero no olvidemos que esto requiere acabar con el patriarcado y con la noción de género que arrastra. Y que la sociedad no dejará de ser patriarcal hasta que hombres y mujeres «puedan desarrollar consciente y activamente los recursos emocionales y racionales que caracterizan a la *individualidad independiente* o (...) cualquiera de los dos sexos desarrolle un poco más cualquiera de los dos *bloques* identitarios. En ese momento (...) [las] personas, independientemente de su sexo, podrán ser tan racionales como emocionales, tan inteligentes como sensibles, tan agentes de sus propias vidas como cuidadoras de las de los demás. Y si es así, su sexo habrá dejado de ser la variable que determine, al nacer, la posición que ocuparán en la sociedad» (p. 169).

El libro termina con algunas consideraciones sobre la preocupante evolución de nuestras sociedades patriarcales en el siglo XXI. Una evolución que libros como este pueden contribuir a evitar. Por ello, recomiendo vivamente la lectura y la reflexión sobre los planteamientos que sostiene Almudena Hernando, que tanta luz aportan a la cuestión.